

Las librerías de viejo serán de nuevo

Ana Emilia Felker

La contigüidad es irremediabilmente significativa. Que junto a un hospital haya una funeraria algo nos dice. Al costado de una taquería exitosa siempre hay otra, rémora que atrapa a los resignados que no alcanzaron mesa en el lugar de al lado. La Ciudad de México está llena de estos sintagmas, un edificio redimensiona al anterior. Frente a una oficina de trámites interminables, no falta el listo que instala una copiadora en la cajuela de su coche.

En la calle Liverpool, en la colonia Juárez, hay, pared contra pared, un criadero de escritores y uno de polillas. En el número 16, una casona de principios del siglo xx en cuyo muro exterior la tipografía dorada anuncia FUNDACIÓN PARA LAS LETRAS MEXICANAS (F.L.M.). En el 12, la Librería Jorge Cuesta, que hace cinco años abrió Max Ramos sin saber que sus mejores clientes serían sus vecinos inmediatos.

A esta fundación privada cada año llegan cientos de textos de jóvenes de todo el país que aspiran a la beca que les permitiría dedicarse un año entero a leer y escribir. Un sueño, un sueldo. Las candidaturas son evaluadas

por una comisión que elige a los nuevos habitantes de la casa: *el Big Brother* literario.

Mientras se acumulan cajas con las solicitudes de los candidatos del siguiente año, en las computadoras chinas (marca Nueva Leyenda) se maquila el ansia de hacer libros. Libros y libros que aspiran a sumarse a las pilas imponentes que llenan doscientas ferias, mil 567 librerías y, en un final feliz, estantes de lectores.

He pertenecido a esta sucursal de la industria cultural. He contribuido con mi teclear constante a la sinfonía que resuena en lo altos muros de los salones, se cuele por la elegante escalinata del vestíbulo y sube hasta la dirección. A este ruido de máquinas se une la repentina salida de vapor de una cafetera.

Los títulos circulan por los pasillos como materia prima para la creación. Hubo quien llegó el primer día con una maleta de rueditas repleta de ediciones caras, importadas de Argentina o de Barcelona. Entre los demás, abundan los autores con nombres impronunciables en exhibición en los cubículos, como declaración de principios o pretexto para iniciar una plática. Hemos ido en excursión a las rebajas de Colofón, del Auditorio Nacional, de la propia "Jorge Cuesta": la consecuencia ha sido comer eternamente latas de atún. Pienso en la austeridad a la que se sometió Fernando Pessoa y las deudas que adquirió para seguir comprando ejemplares; así cada uno en la construcción de su paraíso.

El libro como fetiche es un objeto de culto con cualidades sobrenaturales, una máquina energética. Pero también es la mercancía que oculta el trabajo humano: correctores, impresores, encuadernadores, choferes y libreros son fantasmagorías. Nosotros somos también esa parte invisible del proceso editorial: quienes compramos libros compulsivamente y deseamos, además, escribirlos.

Ver desde la acera de enfrente la librería y la Fundación, evoca la línea de producción de una fábrica. Lo que hoy tecleamos, mañana estará a consignación en la librería de

junto y quizá lo consumiremos nosotros mismos como parte de la endogamia que caracteriza al medio cultural. O quizá nadie lo lea nunca. Según la Encuesta Nacional de Lectura, la mitad de la población no ha comprado un libro en su vida.

Lo curioso es que ambos edificios representan los extremos del proceso. El escritor *amateur* –el que ama irracionalmente su oficio– abreva en el sitio donde se recicla la cultura. El deshuesadero. A través de donaciones, llegan a las librerías de viejo colecciones enteras que ahí se desintegran y se convierten en hallazgos individuales: ediciones descontinuadas, autografiadas, tachoneadas.

En la Librería Jorge Cuesta se aprecian tanto los clásicos literarios, digamos *En busca del tiempo perdido*, como óperas primas de jóvenes escritores, editadas por los estados, subsidiadas; siempre en la cuerda floja entre un camino paulatino hacia sus lectores o hacia el polvo olvido. A Max Ramos le interesa cuidar esa parte del mercado que no llega todavía o quizá nunca llegará a editoriales o librerías comerciales. Las ediciones limitadas siempre venden, pero hay libros que terminan en la basura. Después de pasar por varios precios, sin encontrar comprador, se convierten en desecho. El destino trágico de los libros y sus autores.

Escucho el teclear de mis compañeros. Me pregunto para qué escribir más libros si ya hay muchos y el índice de lectura en México está muy por debajo de otros países: se leen, por gusto, 3.5 libros al año (quizá se incluye en este índice *El libro vaquero*). En el transcurso del año, treinta por ciento de los mexicanos no leyeron un solo libro. Pero el problema no es escribir mucho, sino la mala repartición del inventario. Un tercio de las librerías se concentran en la Ciudad de México, donde se han registrado cinco por cada cien mil habitantes; en cambio, en estados como Chiapas son 0.5 por cada 100 mil. Una funeraria junto a un hospital tiene sentido, pero algo no cuadra cuando faltan librerías junto a escuelas, parques, dentro

de barrios, en los centros comerciales de la república. Los lugares sin libros se vuelven inhóspitos, desérticos.

En una visita a la “Jorge Cuesta”, escondida detrás de un librero, escuché (mi *hobby* es escuchar conversaciones ajenas) que negociaban la compra de una biblioteca, desprendimiento que sólo se explica por una falta absoluta de espacio o la muerte de un bibliófilo. El librero se aproxima como un buitre, siempre con sutileza porque soltar los libros acumulados durante una vida es una especie de amputación.

Me doy cuenta de que no se trata de una línea de producción entre quienes escriben, compran y venden libros, sino de una conexión vital. Mientras husmeo los DVDs de la librería recuerdo la película *El libro de Eli*: en un escenario postapocalíptico, Denzel Washington lleva la última Biblia que existe a la antigua cárcel de Alcatraz, convertida en biblioteca, donde se resguardan los vestigios de la humanidad. Para lograr esta misión, casi divina, debe enfrentar a todo tipo de locos y asesinos en su ruta al oeste: claro, para Hollywood la salvación siempre estará en Occidente. El argumento es una preocupación recurrente (o quizá un refrito). En *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, frente a un régimen cuya política es quemar libros, una sociedad secreta los memoriza en espera de mejores tiempos cuando las palabras vuelvan al papel.

La desaparición de los libros en su formato histórico es una señal distópica, la pérdida de cualquier esperanza. Para Fabián Casas, el confort que prometen las nuevas tecnologías debilita a las personas. El escritor argentino es escéptico del libro electrónico: el formato tradicional no se ha vuelto obsoleto a pesar de los años porque el papel significa la conquista del tiempo; el mismo que invirtió Tolstoi en escribir sobre ese material oloroso y con textura. Casas es tajante: “Hasta que no esté en papel, el texto no tiene vida, es como el hombre hecho de barro esperando el soplo de Dios”.

Imagino a libreros como Max Ramos protegiendo libros frente al apocalipsis. Habría que salvar no sólo el contenido, la sabiduría universal, sino el arte implícito en cada tomo: el papel, la tinta, la encuadernación. Marshall McLuhan sería uno de los profetas de ese mundo futurista donde la supervivencia de la especie dependiera de la escritura. Incluso aquellos objetos improbables que se guardan en los libros se valorarían como información indispensable del pasado.

En sus compras de viejo, una amiga se encontró una bacha en un libro de Milan Kundera y una foto de una mujer desnuda dentro de *Las locas, el sexo y los burdeles* de Salvador Novo. Decidió observar la imagen de la mujer y fumarse la poca marihuana que quedaba como un mensaje del lector a quien relevaba. Dicen los libreros que es usual encontrar papel higiénico convertido en separador: los mejores compañeros en cualquier circunstancia...

La "Jorge Cuesta" es un búnker al que Max ha ingresado, como provisiones, lo que considera imprescindible. Cuenta que estudió teatro, pero descubrió que racionalizaba demasiado los diálogos y las historias como para soltarse con naturalidad en la actuación. Dice haber crecido en orfanatorios, primero de monjas y luego de militares. Encontró refugio tanto del ruido de la religión como de las pandillas en las polvosas bibliotecas de la Iglesia y del Ejército, donde aprendió a limpiar y ordenar libros. Le pregunté a este librero de ademanes escénicos si no le agobia estar siempre rodeado de materiales. La librería es como el tras bambalinas de un teatro. Un lugar para recoger historias de los cuarenta y cinco mil libros de su inventario y de los objetos extraños que habitan el lugar, no como decoración sino como provocaciones. Muñecos desmembrados, máscaras grotescas, cámaras antiguas, muebles en miniatura, globos terráqueos con geografías imposibles. Max dice tener su patología bien puesta, no le preocupa exhibirse como un acumulador. Para él la claustrofobia es una habitación con los muros desnudos.

Ése es también el miedo más profundo de un escritor, encontrarse de pronto con los muros de la mente vacíos. Sin imaginación ni motivaciones. Sin recuerdos.

Cada vez que esto suceda, quizá simplemente haya que recurrir al librero como quien va al doctor. Max se desentiende, sin embargo, del papel de guía o pedagogo: “No oriento a la gente, inclusive, si puedo, los desoriento. Yo aprendí leyendo las peores aberraciones. Me di cuenta que esos libros eran baratos y nadie los quería, por soporíferos”. Se asume como un mercachifle: cada quien debe encontrar su camino como lector, pero él despliega el mapa con malicia. Observa a los clientes potenciales y, sin decirles nada, coloca un ejemplar especial sobre la mesa o en la vitrina que da a la calle. Para quien los sepa ver, son asideros en lo pantanoso de la rutina. Quizá baste la exposición a ese entorno para sacudirse el cansancio y recuperar la curiosidad.

Entre rarezas y desechos hay diferentes tipos de librerías. Los buenos libreros son curadores de lo usado. Ir a una librería de viejo es exponerse al capricho de otro y sus laberínticas decisiones. Pero también es entrar a un cuenco de destinos. ¿Cómo llegaron esos libros ahí? ¿De dónde vienen? Esas trayectorias dotan de aura al espacio y a los objetos.

Al recorrer lentamente las repisas, mis dedos se topan con *Moby Dick* en inglés, pasta dura, editado por la Universidad de Chicago. Busco las últimas páginas de la novela para comprobar que, en efecto, estén ahí. Joyce Carol Oates relata que la primera edición del libro icónico de Melville salió por error sin epílogo. A los críticos les pareció una pésima novela porque era inverosímil que un muerto contara su historia. Pero Ishmael había sobrevivido.

Aunque encontrar lo que se busca en una librería de viejo sea tan improbable como avistar al gran cachalote blanco, siempre hay hallazgos inesperados. El librero es el cerebro ampliado del lector, pero está muy lejos de ser el aleph. Desde un enfoque estadístico casi chocante,

Gabriel Zaid calcula que hay uno por cierto de probabilidad de hallar lo deseado: “Para dar un servicio perfecto, hay dos soluciones utópicas: o tener todos los libros o tener un adivino”. Por suerte, la mayoría de los clientes no saben lo que buscan. Como su acervo tiene límites humanos, su potencia no es la del internet sino la del teatro. Max ordena sobre lo que hay en existencia y lo ofrece de manera seductora como si se tratara de un objeto que el visitante estuviera destinado a encontrar.

Seguramente más de un libro escrito en la F.L.M. ha sido influido por sus insinuaciones secretas. La mente maestra que elabora imaginarios de lectores incautos o de escritores en proceso de investigación. El librero es el interlocutor ideal para un escritor.

Desde Nueva York, la escritora Helen Hanff contactó a un local de libros antiguos en Londres para pedir materiales. Con el librero inglés Frank Doel, comenzó una relación epistolar que se prolongó por veinte años. Con una sencillez entrañable hablaron de ediciones como *Los cuentos de Canterbury* de Chaucer, *El lector común* de Virginia Woolf, *Memorias del duque de Saint-Simon*. El intercambio se extendió a su familia y a los demás trabajadores de la librería Marks & Co, a quienes les enviaba, para hacerles más llevadero el racionamiento de la posguerra, desde huevos hasta medias de *nylon*. Las cartas se transformaron en un libro que lleva por título la dirección de la librería: *84, Charing Cross Road*, que se convirtió en obra de teatro y luego en una película protagonizada por Anne Bancroft y Anthony Hopkins. Lo busqué, sin éxito, en la Librería Jorge Cuesta.

En *84, Charing Cross Road*, el intercambio comercial se vuelve afectivo. Gabriel Zaid dice que el comercio es “el toma y daca de una conversación”. De niña, al escuchar a los adultos, esperaba cualquier pausa para intentar sumarme a la ola, practicar el habla y con ella el pensamiento, el arte de conversar. Asocio el deseo de ser escritora con querer participar en la conversación ampliada de los tiempos.

Eso ha derivado en la acumulación exagerada de libros que duele especialmente durante las mudanzas.

Nos gusta pensar en la cultura como algo más noble, más secreto, más iniciático que la compra de papas fritas, pero el origen del libro es indisociable a su vulgarización. El protestantismo convirtió a la Biblia en un *bestseller*. “Todo comercio es conversación”: Gabriel Zaid es optimista frente a la posibilidad de que el saber sea un bien público. Todo forma parte de la fábrica milenaria, como llamó Borges al lenguaje.

En *Tiempos modernos*, Chaplin retrata el proceso de ensamblaje: cada obrero aprieta una tuerca sin ninguno ser dueño de la máquina. En la Revolución Industrial se explotó la fuerza física del hombre, pero en el estadio actual, también se extrae valor del lenguaje, las emociones, la creatividad, las relaciones humanas, como sucede en las redes sociales, por ejemplo. En el capitalismo cognitivo, el producto de mayor plusvalía es la información que se genera al ritmo de escritura del cognitariado. Tanto los escritores jóvenes como las librerías de viejo somos subalternos en este proceso industrial, pequeños recicladores de historias.

A los veinticuatro años, Salvador Novo anotó en Return ticket la forma indigna en que envejecen los ejemplares estadounidenses. Esa industria, que lanza continuamente grandes tirajes de novedades editoriales de bolsillo (*paperbacks*), no cultiva el aura que adquieren con el tiempo los libros de otras geografías. En *En defensa de lo usado*, un Novo más maduro cuestiona el consumismo, la sobreproducción de las máquinas, reivindica lo hecho a mano y el sentido de lo perdurable. Quien goza de los objetos usados –dice Novo– no es que no desee estrenar sino que aprovecha la experiencia ajena. Hay una diferencia entre lo viejo y lo obsoleto: una biblioteca antigua frente a un tiradero de electrónicos. Al fomentar el gusto por lo usado, las librerías de viejo son también saboteadoras del engranaje capitalista y su obsolescencia programada.

Paso a ver a Max, a quien comienza a incomodarle la frecuencia de mis visitas. “Ya te dije que yo no oriento a nadie”. Le pido por favor que al menos me desoriente. Me cuenta de un tal Tolentino que comenzó vendiendo jugos en la colonia Roma. Bajo la cultura mexicana del fiado, más de uno le ofreció pagar su bebida con un libro que ya había leído o que no pensaba leer. Don Tolentino, con resignación, aceptaba que los dejaran ahí. Inesperadamente llegó otro que preguntó, “¿a cuánto?”. Así, poco a poco, la juguería se transformó en un kiosco de libros. A la anécdota le sigue el chiste obvio: ¡Le sacó jugo a los libros!

Contesto lo optimista de la anécdota con una noticia: la librería Marks & Co, que surtía a la escritora Helen Hanff, a partir de 2015 se convirtió en un McDonald’s. Ahora sólo queda una placa en el edificio que consigna la relación entre librero y lectora. Todo está perdido, le digo, los libros serán sustituidos por hamburguesas de mala calidad. Max revira: en McAllen, Texas, un Walmart se transformó en la biblioteca de un solo piso más grande de Estados Unidos. A punto de perder la paciencia me da un último ejemplo mientras me orilla a la salida: los trabajadores de Silicon Valley han invertido en escuelas donde no se permite el uso de pantallas. En el método Waldorf de educación lo principal es la imaginación de los niños. Si los propios genios detrás de la tecnología confían más en los libros que en las pantallas es porque ahí está el futuro: las librerías de viejo serán de nuevo.

Antes de irme, escucho que Max cuenta a otra lectora una historia completamente distinta de su infancia. Sonríe y regreso a la Fundación donde continúa imparable el sonido que producen las teclas cuando los dedos caen sobre ellas con desesperación. También suena la impresora al expulsar borradores calientes a punto de ser corregidos con tinta roja. Me alivia saber (gracias al libro de Jean-Yves Jouannais) que si esos textos no llegaran a publicarse, encontrarían refugio en la biblioteca Brautigan

destinada a los manuscritos abortados, abandonados, perdidos en el camino.

Escribo a pesar de la estadística, del miedo al fiasco, en parte porque no sé hacer algo más útil, pero también para procesar los acontecimientos. Imagino cada día como un bolo alimenticio inconmensurable que sólo logro tragar de esta forma: una letra, un fonema tras otro. Como los alcohólicos: un sintagma a la vez. Leer es parte del mismo proceso fabril de desintoxicación, una forma de urdir sentido frente al caos.